

18. Una fraternidad abierta a la obra de Dios

Lo que la Regla pide a la comunidad en el capítulo 22 para estimular a los perezosos, aquellos que son demasiado holgazanes, o tal vez demasiado temerosos para enfrentarse al día y a la vida, revela el profundo sentimiento de fraternidad que San Benito quiere promover en la comunidad, y, por lo tanto, la razón de ser de las comunidades cristianas y monásticas. Se trata, de hecho, a ayudarse unos a otros a creer que la positividad y la belleza de la vida, empezando por este día que se nos ha dado para vivir, desde las primeras horas, viene de Dios, es y será su obra, y que se nos pide solo que nos levantemos para ir al encuentro de una efusión de gracia que nos será dada. Y esta efusión es, ante todo, el encuentro con el Señor presente, que nos espera, que está cerca y nos espera. Él deja entre Él y nosotros un espacio simbólico, insignificante, para educar nuestra libertad para que realmente quiera conocer al Señor y dejarle hacer. En los monasterios de San Benito, entre el dormitorio y el oratorio, normalmente había un acceso directo. En los monasterios cistercienses del siglo XII todavía podemos ver hoy en día que una escalera descendía directamente del dormitorio a la iglesia. ¡Así que solo se debían recorrer unos pocos metros y además cuesta abajo! Un espacio simbólico fácil para decir sencillamente sí al encuentro con Dios y su obra en nuestra vida.

¡Qué importante es trabajar las relaciones comunitarias para que esté viva la conciencia de que lo que Dios puede y va a hacer, es más decisivo y eficaz que nuestros pensamientos y juicios sobre lo que podemos o debemos hacer nosotros, o pueden y deben hacer los otros! Un hermano, una hermana, o incluso un superior, a veces son condenados para siempre, con juicios cerrados o etiquetas sobre lo que hace o deja de hacer, y ya no se cree en lo que Dios siempre puede realizar.

"Es un dormilón, es inútil despertarlo, ¡él nunca cambiará!", podrían decir los hermanos mientras van a las viglias. En cambio, San Benito pide una exhortación delicada: "*invicem se moderate cohortentur* – se exhorten suavemente el uno al otro" (RB 22,8); una exhortación delicada toda impregnada de la conciencia de la fe en Dios para el que todo es posible y que hace siempre nuevas todas las cosas, incluso nuestro comportamiento fosilizado, y por encima de todos nuestros juicios fosilizados.

Dios no puede actuar si nuestros juicios están clasificados en archivos enmohecidos. Pensemos cuando Jesús fue a Nazaret. También quiso llevar a cabo allí tantos milagros, pero sus paisanos, a pesar de admirar su sabiduría y sus prodigios, le clasificaron según lo que ya conocían de Él y no pudieron admitir ninguna novedad con respecto a Él: "¿No es este el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿Y no viven sus hermanas también aquí, entre nosotros? Y se escandalizaban a cuenta de él." (Mc 6,3). Sus juicios los cerraron a la novedad que Dios puede obrar siempre, y esta cerrazón del corazón impide a Jesús realizar para ellos esa novedad de Dios: "No pudo hacer allí ningún milagro, aparte de sanar a unos pocos enfermos poniendo las manos sobre ellos" (Mc 6,5). Jesús puede obrar divinamente sólo con aquellos que, como los

enfermos, tienen tanta necesidad de Él como para no darse el lujo de encerrarse en juicios abstractos.

San Benito quiere que también en la comunidad monástica se luche contra los pensamientos y juicios que nos convierten en "escándalo" los unos para los otros, esto es, que se convierten en un obstáculo para todos de modo que impiden que Dios haga lo imposible que siempre puede realizar.

Al final del capítulo 7 sobre la humildad, San Benito dice que el amor de Dios sin temor, y la estabilidad en el ejercicio de las virtudes, es lo que Dios obra a través del don del Espíritu Santo: "Todo lo cual el Señor se dignará manifestar por el Espíritu Santo en su obrero, cuando ya esté limpio de vicios y pecados" (RB 7,70). Nuestra santidad es obra de Dios, y la condición para alcanzarla es el abandono dócil a la obra de Dios en nosotros a través de su Espíritu.

Por esto, al comienzo de la Regla, San Benito nos pide que iniciemos el camino de nuestra vocación como después nos pide que comencemos cada día: rezando para que Dios cumpla en nosotros su obra. "Ante todo pídele con una oración muy constante que lleve a su término toda obra buena que comiences" (Pról. 4). Nada nuevo, nada bueno puede empezar en nosotros sino confiándolo inmediatamente a Dios, quien únicamente puede hacerlo, en un abandono de nosotros mismos a la obra de Dios. Como dije: echando la red de la obra de nuestra vida por el lado derecho, es decir, allí donde el Señor nos ama y expresa su omnipotencia.

Como escribe San Pedro: "Todos debéis someteros unos a otros con humildad (...) Pero después que hayáis sufrido por un poco de tiempo, Dios os restablecerá, os afianzará, os robustecerá y os consolidará. Él es el mismo Dios que en su gran amor nos ha llamado a tener parte en su gloria eterna en unión con Jesucristo. A él sea el poder para siempre. Amén"(1 P 5,5b.10-11).

La humildad en las relaciones entre nosotros, entre los miembros de una comunidad, la humildad mansa de la caridad de Cristo, se apoya toda ella en la fe de que la vida y la vocación de cada uno está en manos de Dios, que Dios puede y quiere siempre hacer maravillas y no deja caer a sus hijos, a pesar de todo, a pesar de nosotros mismos.

Dios es tan poderoso como para ser capaz de *restablecer, afianzar, robustecer y consolidar* incluso nuestra libertad. Nosotros, en las relaciones fraternas, a menudo nos desesperamos porque nos parece imposible un cambio en aquellos que vemos que no corresponden a la vocación como quisiéramos. No esperamos que la libertad del "hermano dormilón", perezoso, indolente, o que se hunde en otros vicios, especialmente en los relacionados con el orgullo, pueda escoger algo que no sea su propio interés, su propio proyecto. A menudo también nos desesperamos de la misma forma por las fragilidades obvias u ocultas que padecemos. Pero cuando confiamos en lo que Dios puede hacer, nuestra confianza no es verdadera si no creemos que Él puede hacerlo todo, absolutamente todo. Como el ángel lo anuncia a María: "Para Dios no hay nada imposible" (Lc 1,37).